

Una clave para el significado de la Biblia*

La exégesis es parte del estudio de la Psicología.

La clave central. La clave para entender este conjunto de libros está en el primer versículo del primer libro (El Génesis):

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra».

Se nos alerta así respecto de que a lo largo de todos los sesenta y seis libros íntimamente ligados entre sí, a pesar de haber sido escritos por distintos autores en un período que abarca dos mil años, se nos habla de dos tipos distintos de experiencias psicológicas: por un lado la experiencia de la *tierra*, de lo mundanal, de lo temporal, lo intrascendente, lo inmanente, lo mecánico, lo externo, lo condicionado: «Todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su *tiempo*», nos dice el Eclesiastés (3:1). Y por otro la experiencia de los «*cielos*».

El plural nos avisa que esta otra experiencia tiene muchos matices, diversos niveles, múltiples aspectos. La frase «reino de Dios» se usa con preferencia en los tres evangelios sinópticos, excepto el de Mateo, que prefiere usar como equivalente «reino de los cielos» (*basileia tou ouranon*). Esta última experiencia es la de lo celestial, lo atemporal, lo eterno, que nada tiene que ver con el tiempo cronológico, lo trascendente, lo vital verdadero, lo interno, lo que no está condicionado, sea por nuestra propia condición humana o por nuestro lugar en este planeta o en este punto del universo.

Esta doble concepción psicológica no empieza con el autor (o autores) del Génesis bíblico. Hay registros de que ya los antiguos sumerios concebían el universo y los acontecimientos mentales como el *An-Ki*, lo cual literalmente significa «cielo-tierra». Hasta los bárbaros hunos adoraban el cielo y la tierra y su jefe se llamaba «el hijo del cielo».

Estas palabras encierran de manera velada profundos conocimientos de los astros y de las influencias que estos podrán ejercer si el hombre no se ocupa de «salvarse» de ellas, de liberarse a través de la subordinación de sus deseos personales a la

* Extraído del libro: "PSICOLOGÍA HOLOKINÉTICA (EL ÚNICO PARADIGMA CIENTÍFICO EN PSICOLOGÍA)", de Rubén Feldman González. Puede hacer clic aquí para descargarlo gratuitamente.

«voluntad» cósmica y divina. Maimónides, autor de *Guía de los extraviados*, ha dicho: «De hablar, mejor hacerlo en forma velada y enigmática como lo hago yo mismo, dejando que comprendan el resto los que puedan entenderme». Este genio enigmático no es patrimonio exclusivo de Moisés y los rabinos, es una actitud común a todos los sabios de la humanidad, sobre todo en Oriente. Moisés sigue este estilo como lo hará después Jesús, quien explica que habla a la gente en parábolas «porque teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no escuchan» (Mateo 13:13). Todos ellos dicen una cosa para dar a entender otra mucho más amplia y completa.

En el *Zend Avesta* de Zoroastro, Ormuz y Ahrimán representan algo semejante a «cielos y tierra». «Esta especie de Génesis de los persas ubica el país de todas las delicias ('el cielo') en el Irán, lugar verdaderamente maravilloso —nos dice Charles Dupuis en *El origen de todos los cultos*—, y lo llama Eren, nombre del que los doctores hebreos hicieron por corrupción Edén, con tanta mayor facilidad que la d y la r, o sea el *deleth* y el *resch* en su lengua, son dos caracteres casi iguales y muy fáciles de tomar el uno por el otro». Pero la investigación minuciosa y analítica del tipo de la que practica Dupuis tiene sus peligros, ya que los pequeños detalles nos pueden hacer perder de vista las cosas más importantes. Si bien todos estos libros nos hablan de acontecimientos naturales y cósmicos, sobre todo referidos al Sol y sus planetas, en realidad se refieren, en última instancia, a acontecimientos mentales o interiores de los hombres. Los egipcios en la «tabla esmeraldina» (el *Kybalion*) aluden a esta identidad en uno de los principios fundamentales, el principio de correspondencia (segundo principio hermético): «Como es arriba, es abajo». Esto nos da a entender que así como es el cosmos, es nuestra mente; lo cual nos abre la espeluznante posibilidad de que una seria transformación de nuestra mente puede modificar al cosmos mismo y la naturaleza. «Buscad el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura» (Mateo 6:33).

Este tipo de enseñanza se realizó siempre veladamente (de boca a oído) y en un doble o triple lenguaje.

Y aun así la enseñanza se imparte al alumno que la solicita con mucha firmeza, demostrando que está preparado para ella. Es una enseñanza esotérica y oculta, pero no porque esté escondida, sino porque nadie la desea con tanta firmeza como para prepararse intensamente a recibirla, con una total transformación del ser. En esta enseñanza, en última instancia la propia transformación lo convierte a uno en maestro de sí mismo y a la vida en una escuela constante.

En hebreo *adam* significa «ser humano». Adán, cuyo nombre deriva del término *adam*, fue hecho de «arcilla» (tierra) y es el primer hombre en la esfera temporal (terrestre). Para Pablo, Adán es el primer hombre terrestre o temporal, así como Cristo es el primer hombre celestial, o eterno, o atemporal. En cada uno de nosotros «viven psicológicamente» Adán y Cristo; los aspectos mentales llamados «tierra» y los denominados con el nombre genérico de «cielos»; lo que depende

en nuestro interior del tiempo cronológico y lo que está relacionado con «lo eterno»; el aquí y el neoencéfalo.

Cada uno de nosotros es un hombre condicionado e intrascendente («las tinieblas»), cuya psicología tiene la posibilidad de mutar para desenvolverse en el «ámbito» atemporal sin límites y sin condiciones (la «luz» del Génesis 1:4).

En cada uno de nosotros *puede* cruzarse lo celestial y lo terreno, desapareciendo el común y habitual paralelismo de estos dos dinamismos mentales, que casi nunca llegan a «tocarse».

En el Salmo 139 (versículo 15) se lee: «No fue encubierto de ti, Jehová, mi cuerpo, aunque haya sido formado en lo oculto y compaginado en lo más bajo de la *tierra*».

Cielo y tierra para los pitagóricos eran Cronos y Rea. La raíz «Krn» (Cronos) expresa la idea de elevación, «potencia», «poder», «corona». Cronos era también Saturno, cuyo lugar astrológico radica en el séptimo cielo o *Satya Loka* de los hindúes. Cronos rige la edad de oro, es decir el *Satya Yuga*, así como ahora curramos, según todas las apariencias, el *Kali Yuga* o «edad oscura».

«Krn» da la base para la palabra griega *keranos* (rayo), luz súbita que cae sobre los lugares elevados. Quizá sea también la base de «cuernos», esos dos rayos de luz que brotan de la cabeza de Moisés, según la escultura de Miguel Ángel, como dos armas que, originadas en su propia mente y formando parte de su cuerpo, estuvieran listas para la guerra contra los enemigos interiores. Dos trozos de su «cielo», en oposición a su interna «tierra».

El símbolo de la cruz pretende concentrar nuestra mente sobre esta clave y nos dice en silencio que hay un punto donde ambas experiencias («cielo y tierra») se reúnen: es el momento presente, a cada instante de nuestra vida.

"El símbolo de la cruz pretende concentrar nuestra mente sobre esta clave y nos dice en silencio que hay un punto donde ambas experiencias («cielo y tierra») se reúnen: es el momento presente, a cada instante de nuestra vida."

El «camino de la cruz» es el camino de la persona religiosa, la vida de una persona tal. De la persona que ve a cada instante y en cada cosa que hace, cómo está presente lo eterno, lo incondicionado.

El problema de las palabras. Rastreando el contenido de todos los libros sagrados del mundo, es posible entrever el intento de expresar el significado de otro tipo de experiencias de vivencias conscientes cuya sorprendente naturaleza las desvincula del mecanismo de la palabra humana. De allí la dificultad que en estos mismos libros encontramos cuando no «nos ponemos en el centro de la cruz».

Es evidente que un líder destacado como Moisés, un médico como Lucas, un hombre como Juan o Pablo, que dieron muestras de alta inteligencia a lo largo de sus vidas, no podían escribir (y sobre todo cuando escribir era algo muy trabajoso) cosas pueriles o contradictorias sin una intención profunda subyacente. Para leer estos antiguos autores es necesario tener la voluntad de ponerse en su lugar y en su época. Si bien escribieron cosas «eternas», *cosas siempre válidas* por no pertenecer al tiempo, no pudieron hacerlo sino con los elementos y los términos lingüísticos con que contaban. Todos ellos tenían la intención de provocar en el lector rebelde y también inteligente la apasionada pregunta: ¿qué me están queriendo decir?

Porque se nos quiere decir algo inmenso, algo oceánico, con un instrumento débil, estrecho y precario: la palabra. Por eso se han utilizado los símbolos, además de los libros.

Los símbolos. De una manera sencilla y gráfica, casi directa, recurriendo más a la intuición que a la razón, nos permiten concentrar todo nuestro ser en una prolongada serie de ideas, de una manera resumida, instantánea y, casi milagrosamente, sin palabras.

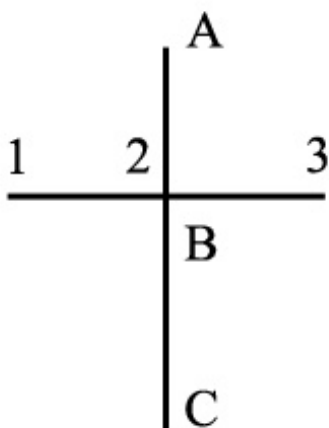
René Guenon se lamenta en su libro *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, escrito con singular erudición, de la pérdida gradual de la capacidad humana de «leer» en los símbolos. Ataca el concepto psicoanalítico que desvirtúa los símbolos fundamentales arcaicos y que pretende dar un significado individual para cada símbolo.

Expresa en el capítulo 4: «A menudo lo hemos dicho y nunca lo repetiremos demasiado: todo verdadero símbolo porta en sí múltiples sentidos, y eso desde el origen, pues no está constituido como tal en virtud de una convención humana, sino en virtud de la ley de 'correspondencia' (véase *El Kybalion*) que vincula todos los mundos entre sí, bien que, mientras que algunos ven esos sentidos y otros no lo ven o los ven sólo en parte, eso no quita que estén realmente contenidos en él, y el horizonte intelectual [Espiritual e intelectual son para Guenon términos relacionados] de cada uno es lo que establece toda la diferencia: el simbolismo es una ciencia exacta, y no una ensoñación donde las fantasías individuales puedan darse libre curso».

En el capítulo 5 agrega: «Así, cuando Freud habla de simbolismo, lo que designa abusivamente de ese modo no es sino un simple producto de la imaginación humana, variable de un individuo a otro, y sin nada de común verdaderamente con el auténtico simbolismo tradicional».

Y luego: «Hemos señalado la confusión entre el inconsciente y el supraconsciente. Como este escapa por su misma naturaleza al dominio sobre el cual recaen las investigaciones de los psicólogos, estos no dejan jamás, cuando tienen oportunidad de tomar conocimiento de algunas de sus manifestaciones, de atribuirles al inconsciente».

Tengamos la cautela de diferenciar claramente entre el simbolismo de utilidad psicoanalítica y el simbolismo relacionado con la ciencia sagrada o primordial, denominada *sophia* por los griegos, *satwa* por los hindúes o sabiduría trascendental.



El símbolo de la cruz fue utilizado por todas las religiones (aunque haya alcanzado su mayor difusión a través del catolicismo) debido a que, a pesar de ser uno de los símbolos más simples, reúne en sí mismo una compleja serie de ideas prescindiendo del engorroso mecanismo del sonido y del lenguaje. En un solo instante y en el más creativo silencio podemos representarnos la cruz en cualquier momento y lugar. Aun por ciertas escuelas musulmanas el centro de la cruz ha sido denominado «la estación divina» (el *maqa-mu-l-ilahi*).

Allí se reúnen todos los contrarios y se resuelven todas las contradicciones, como en el fiel de la balanza. Significa el equilibrio, la armonía, la justicia. También el justo medio, el invariable medio al cual tantas veces se refiere Gautama, el Buda.

La similitud de la cruz con la forma humana nos hace entender que cada uno de nosotros es una «estación de Dios», que en el centro de cada uno de nosotros, reside un reflejo del principio supremo (concepto holográfico del cosmos).

Si en la horizontal ubicamos los números 1, 2 y 3, y en la vertical, de arriba a abajo, las letras A, B y C, veremos que 1 es pasado, 2 presente y 3 futuro (el tiempo, lo condicionado, la vida, la «tierra» de la Biblia representados por la horizontal). En

la vertical (la eternidad) reconocemos estados de conciencia diversos. Distintos modos de comprensión. La religiosidad. El «cielo» (A) y el «infierno» (C) de la Biblia. «B» sería nuestro estado actual de ser, en este preciso momento. «C» nos habla de estados depresivos, oscuros, bajos o enfermos. «A» nos recuerda que por encima de nosotros mismos, en el mismo lugar en que transcurre el momento presente (el ahora mismo) se nos abre la posibilidad de un estado mental «superior», trascendental, luminoso, sano, celestial e incondicionado. Si tenemos en cuenta la cruz, la eternidad podría atravesarnos en «B» en este mismo momento presente (2). A cada instante. Sin palabras, sin necesidad de ningún razonamiento. «A» es el Sol, el cielo o el bien inmanente o manifiesto para los seres humanos. «C» es la Luna.

Si nos acercamos al Sol con todo lo que esto significa simbólicamente, la vida (1, 2 y 3) pasará por un punto distinto y superior a «B», la vida entera tendrá para nosotros un *significado* totalmente diferente.

Todos los acontecimientos, cualesquiera sean, serán vividos y contemplados de una manera nueva y totalmente indescriptible, irremediablemente indescriptible.

El símbolo no puede hacer más (ni menos) que ubicarnos en el hecho tremendo de que hay una posibilidad de algo diferente, de algo trascendental *dentro de nosotros mismos, en este mismo momento*. Posibilidad que generalmente despreciamos a lo largo de toda nuestra vida. El «cielo» de la Biblia es toda esa porción de eternidad que «fluye» por encima del horizonte (la horizontal) de la temporalidad y la fenomenalidad.

Hay muchos más significados tradicionales en esa simple cruz. Su centro (*shin* o *aleph* para los hebreos) es también la realización a través del sacrificio, entendiendo la palabra «sacrificio» por su etimología: «hecho sagrado».

"Si nos acercamos al Sol con todo lo que esto significa simbólicamente, la vida (1, 2 y 3) pasará por un punto distinto y superior a «B», la vida entera tendrá para nosotros un significado totalmente diferente."

Este sacrificio de cada instante puede ser el simple vivir, el tan difícil amar o la excepcional abnegación de un Mesías; según la distancia, valga el término, que haya desde el centro «B» hasta el Sol. La mutación mental de un hombre le hará invertir sus valores (como nos sugiere la página 12 del antiquísimo libro sagrado del Tarot, que también está relacionada con el símbolo de la cruz) y se sentirá alegre de que a medida que se acerca al Sol, a la atemporalidad, al «cielo», su tarea

sea más y más ardua, más y más incógnita, en suma más y más trascendental. Se perderá a sí mismo para esencialmente «ganar».

Lamentamos solamente el uso de las palabras «más», «ganar» y todas aquellas que se refieran a «distancia», términos todos ellos demasiado relativos y condicionados.

Esto nos hará más conscientes, quizá, de la necesidad de sustituir con dos líneas cruzadas toda una larga serie de molestas y confusas palabras. Pero esta sustitución necesita también de una capacidad interior de leer súbitamente el símbolo y de llevarlo a la propia interioridad. De nada vale la permanencia del símbolo si le hemos retirado su «espíritu» o significado. Queda de él sólo una forma vacía. Al final del capítulo 25 del libro *Símbolos fundamentales* se pregunta René Guenon: «¿Ha de conservarse pese a todo la esperanza de que llegará un día en que esa forma será revivificada, en que responderá de nuevo a la realidad, que es su razón de ser original y lo único que le confiere carácter sagrado?» Quizá se corresponde la dificultad de entender con la imposibilidad de explicar claramente. «Tenemos mucho que decir y dificultoso de declarar por cuanto sois flacos para oír» (Hebreos 5:11).

Tanta es la dificultad de expresar aquellas vivencias con simples palabras que el ardoroso deseo de compartirlas ha llevado a hacerlo hasta con historias reñidas con la moral.

Un ejemplo de esto es el capítulo 19 del Génesis, en el que todo el tiempo se nos habla de nuestras modalidades psicológicas, de los resultados (las hijas de Lot) de esas modalidades condicionadas o temporales que tienden a repetirse perpetuamente (el «hasta hoy» del final) y que hasta nos inmovilizan y nos bloquean (la mineralización de la esposa de Lot). Elocuente es la alusión a la existencia de fuerzas sutiles (los ángeles del versículo 15) que incitan a «lo condicionado», «lo terrenal», a subir hasta «la montaña». La montaña es ese lugar de la «tierra» adonde primero llega la luz del «sol».

También el último lugar del que esta desaparece. Esta luz solar que viene del «cielo» es el esclarecimiento mental, la comprensión o apertura a lo trascendente. Muchos, sin embargo, preferimos entretenernos en *Zohar*, que en el idioma bíblico original significaba «pequeño lugar», como lo hizo Lot (Génesis 19:20-22).

Las interpretaciones. Problemas de traducción

Pero como se comprende, esos sesenta y seis libros escritos en dos mil años han sido leídos a lo largo de otros dos mil años. Las cosas se complican no sólo por el duro y grosero mecanismo de la palabra humana, sino también por el hecho de que esta palabra tiene innumerables modalidades (los idiomas). En realidad, si en

el mundo hay siete mil millones de habitantes, también existen siete mil millones de idiomas. Cada uno habla y entiende a su propia manera. Esto depende en primer lugar del *condicionamiento* sociocultural frente a cada término. Lo que está bien para unos no lo está para otros, según el lugar, la época y las condiciones económicas de vida.

Es decir, según «la horizontal de la cruz». Además, cada ser establece con respecto a cada palabra *asociaciones reflejas* que varían de un momento a otro, lo cual es la manera habitual de «maniobrar» de nuestra mente ordinaria.

Si, en tercer lugar, nos referimos a cosas que, pese a ser reales, nada tienen que ver con nada de lo que conocemos, y necesitamos usar el lenguaje y los elementos de lo conocido para expresar aquellas (lo desconocido), encontramos una seria limitación en la comunicación, a la que se pueden agregar las malas *traducciones*.

Recordemos aun, que existen grandiosas *organizaciones* que difunden esas traducciones de la literatura sagrada (Biblia, Corán, B. Gita, Vedas, Upanishads, los Kings o Chings chinos, etcétera). Es fácil conjeturar cuál será el resultado de la interacción de estas diversas variables: una *confusión total* o bien un conflicto estridente entre «lo que se transmite» (o lo que se entiende) y lo «real».

Quizás ahora entendamos con mejor voluntad y de una manera nada literal, la alegoría de la torre de Babel (Génesis 11).

Además de todo esto el idioma en que se escribió el Antiguo Testamento es sumamente particular. Tiene veintidós letras y cada una puede relacionarse con cada arcano mayor del libro de Thot (el Tarot). Es un idioma que se corresponde letra a letra con la antigua sabiduría de Egipto y que hoy está a punto de perderse, como su similar en objeto y significado (el sánscrito), en el seno de una civilización sensorializada, semianimalizada en el interminable sendero de los placeres y el confort, el ruido, la televisión, las imaginarias «redes sociales» y la confusión. No sólo cada palabra tenía distintos significados ambiguos (ya que no existían las vocales), sino que cada letra poseía un significado correspondiente a cada uno de estos tres órdenes: divino o arquetípico, natural o cosmológico y humano.

Por eso, en la mayoría de los casos el hombre moderno no está capacitado para leer fluidamente en los originales, aun cuando realice el milagro de darse tiempo para ello.

Más de una vez se pregunta también por qué solamente en idioma castellano hubo tantas modificaciones de la traducción original de Casiodoro de Reina, realizada en 1569. Esta traducción fue revisada por Valera en 1602 y nuevos cambios se realizaron en 1862, 1909 y 1960, sin considerar la cronología de las numerosas versiones castellanas independientes y que por tal causa son mucho menos conocidas, ya que su difusión no es propiciada por organización alguna.

Por eso es dable leer en el tan discutido primer versículo del Evangelio según San Juan, escrito entre 67 y 92 años después de la muerte de Jesús, en el año 125 de nuestra era y traducido por primera vez al castellano casi mil quinientos años después: «En el principio era el *verbo* y el verbo era con Dios y el Verbo era de Dios». En otra traducción al castellano hemos leído: «En el principio (del tiempo) el significado ya era y Dios tenía significado y Dios era significado» (Juan 1:1).

En la traducción que Zamenhof realizó al idioma internacional por él iniciado, a partir del texto griego, emplea, en vez del término «verbo» o «significado», la misma palabra usada en el texto inglés (*word*), que en Esperanto es *vorto* y que significa «palabra».

Entonces sabemos que el término griego *logos* es traducido como «palabra», «significado» y «verbo» según la persona, el idioma, la época y la idea religiosa dominante en esa región.

Sabemos también que el término griego *logos* tiene innumerables representantes sólo en el idioma castellano. Nos imaginamos, claro está, las dificultades inherentes a la traducción y a la interpretación de la Biblia, cuando un solo versículo ha dado tanto trabajo.

Logos= el yo humano divino.

Nomos= el yo humano legal.

Siguiendo con las dificultades idiomáticas que presentan estos sesenta y seis libros daremos un último ejemplo: en la carta (epístola) escrita por el apóstol San Pablo a los hebreos (He 9:15) leemos, según la versión castellana de 1569: «Así que por eso es Cristo mediador de un *nuevo testamento*». Se emplea el mismo término que en los versículos 16 y 17 del mismo capítulo: «testamento».

En cambio en la revisión de 1960 leemos: «Así que por eso es mediador de un *nuevo pacto*», a diferencia de los dos versículos siguientes, en que se sigue usando la palabra *testamento*. Se ha dicho que se desea ratificar, con la nueva versión, que el hombre debe realizar un «pacto» con un Dios vivo y no recibir el testamento de un Dios muerto.

Personalmente creemos que el hombre semimuerto de hoy y de siempre no será capaz de recibir siquiera el nuevo testamento.

El nuevo testamento ha sido legado a los hombres vivos de hoy y de siempre para que estos realicen el gran pacto consigo mismos, con el Dios interno, con la atemporalidad subyacente en cada conciencia propia, todo lo cual despreciamos por ignorancia o por miedo, por indiferencia o por comodidad.

Los requisitos para leer: seriedad, tiempo y penetración

Nada como un libro sagrado requiere seriedad para ser leído. Vemos que las palabras tienen un valor relativo cuando no existe gran vitalidad, tremenda energía interior, para *robarles* el significado que ocultan.

Antiguamente los libros sagrados eran leídos sólo en el idioma original en que eran escritos (para que no fueran desvirtuados por las traducciones) y se montaban escuelas o monasterios especiales para tal lectura. Estas escuelas recibían el nombre metafórico de «viñas», que dan sus frutos, las «uvas», que cada hombre «elabora» con su propio trabajo y comprensión para extraer el «vino». Estas viñas se mencionan en el Cantar de los cantares 2:15. Hay múltiples alusiones en el Viejo y el Nuevo Testamento al vino esencial o trascendental que producen estas viñas.

Aunque también se menciona el vino literal (el alcohol), claramente aborrecido por todas las religiones, y en la Biblia en párrafos como los que siguen: «Bueno es no comer carne ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece o se ofenda o se debilite» (Rom. 14:21). «No estés con los bebedores de vino ni con los comedores de carne» (Prov. 23:20). En el mismo capítulo de los Proverbios (23:31-35) se sigue hablando del proceso de habituación al alcohol. En Prov. 31:4 se dice: «No es de reyes beber vino, ni de príncipes la cerveza».

Con tiempo y penetración podemos seguir corriendo velos y haciendo descubrimientos muy interesantes: leemos en la primera epístola de Pablo a los Corintios (3:1-3): «De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.

Os di a beber leche y no carne porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía. Porque aún sois carnales [de la «tierra» y no de los «cielos»], pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?»

En esta pregunta final se entrevé claramente la alusión sutil a que el hombre religioso debe abandonar toda condición, incluso, en última instancia, alguna vez la propia condición humana.

También es fácil advertir el significado totalmente distinto de la palabra «carne» en este capítulo de Corintios (significado trascendental o celestial) y en el capítulo 14 de Romanos o el 8 de Corintios (significado literal o terreno).

Por todo lo dicho, y por lo que no puede decirse, se necesita mucho tiempo y un ambiente especial para leer un libro sagrado (cualquiera que sea). Se necesita una actitud interna peculiar para lograr la *penetración* de un ladrón sobre cada palabra.

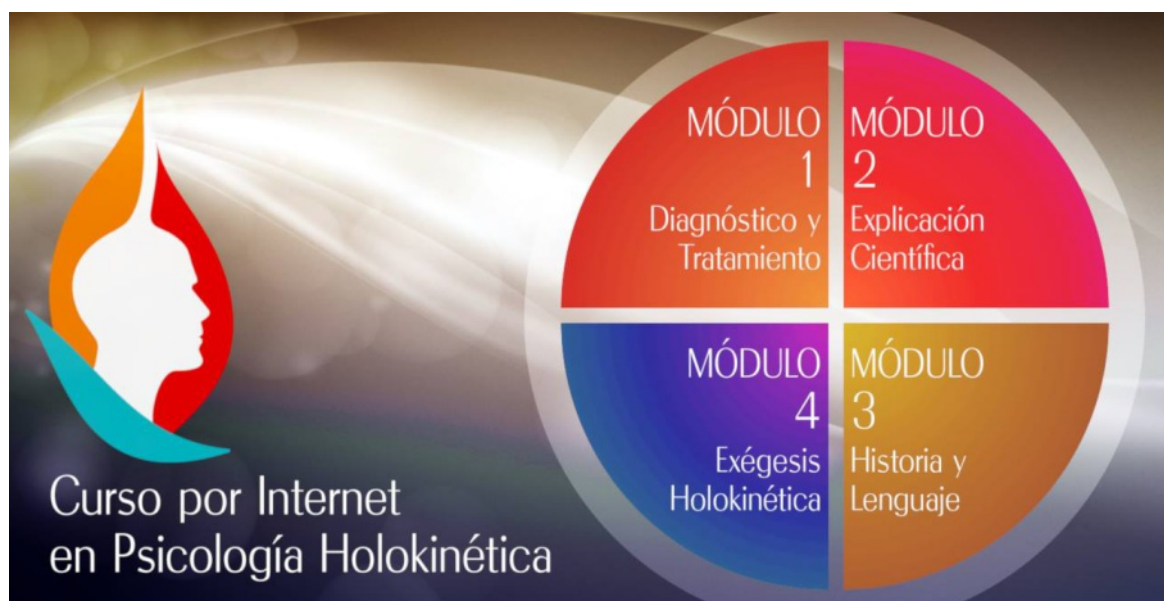
Se impone un exquisito sentido de la síntesis. Y este sentido de *síntesis* no es sólo a nivel intelectual, sino que debe trascender hasta la fusión «mente-corazón» (pensamiento y sentimiento) para que en última instancia se manifieste en acción.

La acción religiosa es una empresa tremenda. Tan tremenda que se torna imposible para los que son incapaces, según el alegórico lenguaje bíblico, de «andar sin zapatos ni bordón». Y lo curioso es que el bordón es un bastón que se apoya en la *tierra*, donde también se apoyan los zapatos.

Las consecuencias de un comportamiento religioso pueden ser las que relata sintéticamente Lucas en 22:39-46. A cada persona le tocará vivir, en su propio nivel de conciencia, una agonía de Getsemaní equivalente a la intensidad habitual de sus experiencias.

En Isaías 30:20 se nos dice con una claridad que nos quita la necesidad de comentarios: «Bien que os dará el Señor pan de *congoja* y agua de *angustia*, con todo, tus enseñadores nunca más te serán quitados, sino que *tus ojos verán a tus enseñadores*. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabras que digan: Este es el camino, andad por él y no dobléis a tu derecha ni izquierda».

Evidentemente, mientras estemos despiertos y con los ojos abiertos, no nos faltarán los «enseñadores» de Isaías. Esto significa que en todo momento encontraremos maestros, en cualquier lugar, hasta en los seres más ignorantes y torpes. ❖





AIPH | ACADEMIA
INTERNACIONAL
DE PSICOLOGÍA
HOLOKINÉTICA
Por la Consumación del Ser Humano

La Academia Internacional de Psicología Holokinética ofrece:

Curso Propedéutico Gratuito

Puedes comenzar a estudiar las bases y fundamentos de la Psicología Científica y el factor vivencial de estudio, que es la Percepción Unitaria.



<https://www.psicologiaholokinética.org/cpg/>